



Revista de Filosofía (La Plata), vol. 55, núm. 1, e118, junio - noviembre 2025. ISSN 2953-3392
 Universidad Nacional de La Plata
 Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
 Centro de Investigaciones en Filosofía IdIHCS (UNLP - CONICET), Departamento de Filosofía
 y Doctorado en Filosofía

Georges Gusdorf: Søren Kierkegaard: novelista, poeta y reformador

Georges Gusdorf: Søren Kierkegaard: novelist, poet and reformer

Jorge Schulz

Instituto de Filosofía “Ezequiel de Olaso”

(Centro de Investigaciones Filosóficas-CONICET), Argentina

jorgeschulz@gmail.com

Recepción: 11 de junio de 2024

Aprobación: 27 de septiembre de 2024

Publicación: 01 junio 2025

Resumen: La presente contribución ofrece la traducción al castellano de una conferencia radial de Georges Gusdorf titulada “Søren Kierkegaard: le romancier, le poète et le réformateur”, pronunciada en 1963 con motivo del 150 aniversario del nacimiento del filósofo danés. La introducción que acompaña la traducción aborda el contexto biográfico e intelectual de Gusdorf, el problema de la comprensión de Kierkegaard y la importancia de recuperar la dimensión religiosa de su vida y obra. Se destaca la interpretación de Gusdorf sobre Kierkegaard como un reformador religioso y se señalan las dificultades hermenéuticas que enfrenta el lector francés al abordar su pensamiento.

Palabras clave: Søren Kierkegaard, Georges Gusdorf, Reformador religioso, Cristianismo.

Abstract: The present contribution offers the Spanish translation of a radio lecture by Georges Gusdorf entitled “Søren Kierkegaard: le romancier, le poète et le réformateur”, delivered in 1963 on the occasion of the 150th anniversary of the Danish philosopher's birth. The introduction accompanying the translation discusses Gusdorf's biographical and intellectual context, the problem of understanding Kierkegaard and the importance of recovering the religious dimension of his life and work. It highlights Gusdorf's interpretation of Kierkegaard as a religious reformer and points out the hermeneutical difficulties faced by the French reader in approaching his thought.

Keywords: Søren Kierkegaard, Georges Gusdorf, Religious reformer, Christianity.

Cita sugerida: Schulz, J. (2025). Georges Gusdorf: Søren Kierkegaard: novelista, poeta y reformador. *Revista de Filosofía (La Plata)*, 55(1), e118. <https://doi.org/10.24215/29533392e118>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.



Introducción

Georges Gusdorf (1912-2000) adquirió su formación académica en la École Normale Supérieure (ENS) de París, bajo la tutela de Léon Brunschvicg y Émile Bréhier, antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Durante el conflicto bélico, fue recluido en un campo de prisioneros alemán de 1940 a 1945, donde, pese a las circunstancias, logró organizar conferencias y seminarios con otros prisioneros. Estos encuentros se convirtieron en el cimiento para sus primeras obras, *La découverte de soi* y *L'Expérience humaine du sacrifice*, que fueron publicadas en 1948. Tras la guerra, Gusdorf completó su tesis doctoral bajo la dirección de Gaston Bachelard, y sucedió a Maurice Merleau-Ponty en la ENS. Durante esta etapa, desempeñó un papel importante como tutor de destacadas figuras como Louis Althusser y Michel Foucault. En el año 1948, Gusdorf aceptó un puesto como profesor en la Universidad de Estrasburgo, y continuó allí hasta su fallecimiento. A lo largo de su carrera, se destacó por su prolífica producción. Publicó una gran cantidad de artículos y más de 35 libros, incluyendo su obra magna *Les Sciences humaines et la pensée occidentale*, compuesta por 13 volúmenes publicados entre 1966 y 1988.

En el prólogo a la edición española de *Dieu, la nature, l'homme au siècle des lumières* (1977, pp. 9-14), Gusdorf señala que tradicionalmente la historiografía francesa ha presentado una visión sesgada del Siglo de las Luces. Según esta lectura, el siglo XVIII, que culminó con la Revolución Francesa, representó “el ocaso de la providencia”, un periodo intelectualista caracterizado por la desafección religiosa y un espíritu eminentemente anticlerical y ateo. Pero, según Gusdorf, esta narrativa es parcial y no representa a toda Europa. La cultura del Siglo de las Luces sólo afectó a una parte muy pequeña de la población europea. La gran mayoría eran campesinos que se adherían a la religión tradicional. En las áreas de influencia protestante como Inglaterra y Alemania, hubo intentos de conciliar la ciencia moderna con el cristianismo, reconociendo en los avances científicos una forma de revelación natural que podía coexistir con la fe. Además, surgieron movimientos de resistencia al intelectualismo, que —en la orientación de Pascal— enfatizaban las razones del corazón y la experiencia personal con Dios. Este fue el caso del pietismo, un movimiento de renovación espiritual surgido en el seno de la iglesia luterana a partir de las repercusiones que generó el tratado *Pia Desideria* publicado por Philipp Jakob Spener en 1675 (Brecht, 1993, pp. 302-316).

Gusdorf (1972) considera al pietismo como “una de las fuerzas vivas que suscitaron el florecimiento del *Sturm und Drang*, primera ola germánica del romanticismo europeo”, al estimar que el romanticismo puede ser concebido como “un rompimiento de las

olas de la marea pietista”. Y continúa señalando que “en el orden propiamente religioso, las grandes figuras de Schleiermacher y de Kierkegaard aparecen como las prolongaciones de esta renovación de la fidelidad cristiana” (p. 79). Gusdorf observa en el romanticismo kierkegaardiano ciertos ecos de aquellos motivos del pietismo: “Recogiendo ciertas fórmulas de Kierkegaard, podríamos decir que la intención del pietista es la de hacerse un contemporáneo de Cristo, un discípulo de primera mano” (p. 67).

1963 fue el año del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Kierkegaard. Para la ocasión, la UNESCO había organizado el coloquio internacional “Kierkegaard vivant” realizado del 21 al 23 de abril en París. El evento, que se propuso homenajear y reconocer la influencia del filósofo danés, contó con contribuciones de diversas figuras de la filosofía contemporánea como Martín Heidegger, Jean-Paul Sartre, Karl Jaspers, Gabriel Marcel, entre otros filósofos y especialistas en el pensamiento de Kierkegaard. En su discurso inaugural, René Maheu (1966), en aquel entonces director general de la UNESCO, planteó la idea central que guiaría el coloquio: no se trataba de examinar la obra de Kierkegaard ni analizar su personalidad, sino más bien trazar un balance de la influencia viva que su pensamiento ejercía en la filosofía contemporánea, de tal manera que “se señalasen los rasgos de Kierkegaard vivo en nuestra vida”. Como Maheu señaló, lo que se buscaba era que los participantes no hablaran en nombre de Kierkegaard, sino desde su propia perspectiva filosófica, exponiendo “una verdad tan personal como lo era la de Kierkegaard para sí mismo”. De este modo, el homenaje más sincero sería constatar a “un Kierkegaard presente y actuante en el pensamiento moderno, más que congelado en su obra detenida”. (p. 11)

Gusdorf había sido muy crítico de las corrientes filosóficas de su tiempo, particularmente de la que dominaba la escena en París. Por lo cual, no es llamativo que no haya sido invitado a participar del coloquio de la UNESCO. Sin embargo, ese mismo año publicó un pequeño libro titulado *Kierkegaard*, y pronunció una conferencia radial bajo el título “Søren Kierkegaard : le romancier, le poète et le réformateur” cuya traducción ofrecemos aquí. La primera emisión de esta conferencia tuvo lugar el 22 de mayo de 1963 en programa *Connaissance de l'homme* de la radio France III Nationale. En esta conferencia, Gusdorf realiza su balance de la vida y obra de Kierkegaard. Comienza argumentando que el trasfondo danés y luterano de Kierkegaard marcan una distancia lingüística, cultural y confesional que lo convierten en un autor difícil de comprender para los lectores franceses. Gusdorf sostiene que la cultura francesa, atravesada por el catolicismo, representa un obstáculo hermenéutico que lleva —a quienes no están familiarizados con la Reforma protestante— a mal interpretar el significado de la vida y obra del filósofo danés. Significado que luego busca explorar

haciendo un breve recorrido por las múltiples facetas de Kierkegaard: poeta, novelista, polemista, dandi, filósofo y, sobre todo, escritor religioso. Gusdorf interpreta la experiencia vital de Kierkegaard, marcada por el conflicto, como un drama bíblico, y destaca que su combate como reformista religioso contra la cristiandad danesa lo lleva a adoptar el papel de profeta, entregando su existencia a esta misión religiosa.

En su conferencia, Gusdorf se hace eco en reiteradas ocasiones del problema de la comprensión de Kierkegaard. También en el discurso inaugural del coloquio, Maheu (1966), frente al surgimiento de tantos interlocutores del filósofo danés, hace referencia a esta cuestión: “¿Quiere esto decir que Kierkegaard es comprendido tal como él esperaba serlo? Ha ocurrido que muchos que no conocían apenas el existencialismo más que de nombre, han hecho de su pensamiento... una moda” (p. 10). Es probable que este asunto haya sido una de las preocupaciones que motivaron la conferencia radial de Gusdorf, en la que se esfuerza por poner a Kierkegaard en su propio contexto, resaltar su carácter complejo y polifacético, y, fundamentalmente, recuperar la dimensión religiosa de su vida y obra.

El audio de la conferencia, cuya transcripción y traducción se presenta a continuación, fue puesto en nuestras manos por el Dr. Ricardo Ibarlucía, director del Instituto de Filosofía “Ezequiel de Olaso” (INEO-Centro de Investigaciones Filosóficas /CONICET), a quien le fue remitido por la hija de Georges Gusdorf a través del editor argentino Gerardo Miño. Esta conferencia, cuyo texto está aún inédito en francés, fue facilitada con el objeto de dar continuidad a la traducción de las obras de Gusdorf al castellano. Fruto de este esfuerzo ha sido el volumen *El advenimiento del yo* (2022), traducido y prologado por Pablo Pavesi para la Colección Excursus del Centro de Investigaciones Filosóficas, que publica Miño y Dávila Editores en Buenos Aires y Barcelona.

Søren Kierkegaard: novelista, poeta y reformador

Kierkegaard fue desconocido durante mucho tiempo. Ahora está en proceso de hacerse famoso, pero uno se pregunta si ahora que es famoso no es tan desconocido como cuando era absolutamente desconocido. Me explico. Y me gustaría empezar citando las palabras de una mujer anciana, la señora viuda de Frederik Schlegel, que dijo a un periodista francés alrededor de 1900, cuando ella misma tenía unos 80 años, “los franceses nunca entenderán a Kierkegaard”. La palabra es curiosa y llamativa. Y tanto más curiosa y llamativa porque esta anciana, esta señora viuda de Frederik Schlegel, había sido en su juventud una tal Regine Olsen, es decir, la propia prometida de Søren Kierkegaard, y que posteriormente se había convertido en la legataria universal de su obra. Así, la viuda

de Schlegel confió a un periodista francés que “los franceses nunca comprenderán a Kierkegaard”. Lo extraordinario es que esta palabra de una anciana -que probablemente nunca había pisado Francia- parece cruelmente cierta, y ello por varias razones. La primera se puede resumir en pocas palabras: ¿cómo se puede ser danés?

Kierkegaard tenía la desventaja de haber nacido como ciudadano de un país muy pequeño, en el gran suburbio intelectual de Europa, lo que lo condenó a ser el gran hombre de un país periférico. Este país periférico no tiene ninguna de las grandes lenguas culturales de Europa. Cuando eres suizo, siempre te sales con la tuya. Cuando eres suizo y un gran hombre, un gran escritor o un gran pensador, al ser suizo puedes ser un escritor o pensador en francés como Rousseau, o un teólogo en alemán, como Karl Barth. Cuando eres danés, no tienes este recurso y eres necesariamente una especie de escritor maldito. En efecto, uno se expresa en un lenguaje incomprensible para la mayoría de las personas cultas. Kierkegaard es danés, se expresa en danés. Y esto significa que si se quiere comprender a Kierkegaard, hay que llevar la pasión kierkegaardiana hasta el punto de aprender el danés, como hizo en España Miguel de Unamuno y como hizo en Francia Paul-Henri Tisseau, el único y fiel traductor de las obras de Kierkegaard. Sin embargo, es un sacrificio extraordinario y no se puede pedir a todos los amigos de Kierkegaard que aprendan danés. Pero si no se domina el idioma, no son solo las palabras las que se escapan con las palabras, sino toda la armonía interna, toda la música, todo el paisaje espiritual de una cultura.

Kierkegaard no puede ser comprendido en otro idioma que no sea su danés familiar. Y si no se habla danés, entonces aquellos que escuchan a Kierkegaard, aquellos que intentan comprenderlo, lo escuchan sin escucharlo y lo comprenden sin comprenderlo. Hay, en efecto, evidencias danesas en la obra de Kierkegaard que se nos escapan absolutamente, que están radicalmente cerradas para quien no posee el lenguaje, y a ello volveremos. Este es ya un primer punto en el que hay que insistir: Kierkegaard es un escritor brillante, es un poeta y hay que entenderlo como poeta, es decir, en su lengua familiar y nativa.

Kierkegaard no tiene suerte. ¿Cómo se puede ser danés? Y luego no tiene suerte nuevamente por una segunda razón: es que como es danés, es luterano. ¿Cómo se puede ser luterano? Esto también significa que el lector francés que no se ha identificado con la reforma luterana –salvo algunas honrosas excepciones– estará completamente ciego a ciertas resonancias fundamentales de la obra luterana. Aquí, entendemos de inmediato que la cultura francesa es una cultura profundamente católica. Aquellos que son católicos son evidentemente católicos en su cultura en Francia, y aquellos que no lo son, sin saberlo, incluso si son anticlericales o incluso si están ferozmente opuestos al catolicismo, están marcados

por el catolicismo y se encuentra en ellos una especie de catolicismo implícito o por defecto, como en el caso de un Voltaire o un Ernest Renan. Kierkegaard, sin embargo, escapa del catolicismo. No pertenece al dominio, al movimiento católico y, por lo tanto, el francés que no tiene esta formación de espíritu, el francés que nunca ha comprendido esta actitud espiritual, el francés que no se ha familiarizado con la evidencia de la Reforma luterana, este francés no comprenderá a Kierkegaard. Y aunque tenga los textos frente a sus ojos, estará de alguna manera ciego y sordo, de tal forma que surgirán malentendidos monumentales, como de hecho ha ocurrido demasiado a menudo en Francia. Esos monumentales malentendidos consisten en decir que Kierkegaard, por ser el adversario del luteranismo –es decir, el enemigo de los enemigos del catolicismo– es un católico que se ignora. A menudo se ha intentado esta empresa y se ha imaginado con mucha ingenuidad que dos negaciones equivales a una afirmación, que Kierkegaard, el negador del luteranismo, es una especie de católico que no conoce y que ignora su propio catolicismo. Pues bien, esto es un error. Y quiero decir de inmediato que es absolutamente cierto que Kierkegaard es fundamentalmente un cristiano evangélico, un cristiano reformado y un cristiano luterano. Evidentemente, si uno no tiene una sensibilidad orientada hacia ese lado, entonces, como filósofo o como pensador católico, se imaginará encontrar en Kierkegaard algo diferente a lo que Kierkegaard mismo ha sido. Y mi idea aquí, mi afirmación es que Kierkegaard no sólo es un cristiano reformado sino un reformador. Es uno de los testigos de la reforma eterna. Fuera de esta afirmación, Kierkegaard no puede ser comprendido tal como es.

Así, “los franceses nunca comprenderán a Kierkegaard”. Hemos dicho por qué, y la señora viuda de Frederik Schlegel tenía razón en su afirmación. Sólo que si los franceses no pueden entender a Kierkegaard porque Kierkegaard es danés y luterano, yo diría que la tragedia de Kierkegaard es que los propios luteranos daneses –quizá precisamente por ser daneses y luteranos– apenas entienden a Kierkegaard. En el diario de Kierkegaard se encuentra esta afirmación onírica: “Yo nunca seré comprendido”. Ningún hombre es profeta en su propia tierra. Y recuerdo que, cuando visité Dinamarca, me sorprendió lo ignorante que era el danés medio sobre Kierkegaard. Kierkegaard no ganó la batalla en su propio país. Allí se le considera un tipo de escritor cuyas páginas están en antologías. Pero, por supuesto, la iglesia oficial nunca le perdonó sus ataques, por lo que se mantiene en una especie de prudente cautela. Él no ha salido del purgatorio. Me llamó mucho la atención, paseando un día por Copenhague, descubrir que allí había una avenida Kierkegaard. Era un bulevar magnífico, y me tomé la libertad de decirle a un danés culto que me acompañaba que era un halago que Kierkegaard hubiera dado su nombre a una avenida tan notable y bien situada en la ciudad. Entonces el danés

en cuestión sonrió y me dijo: “No te equivoques, esta avenida no es la Avenida Kierkegaard, es la Avenida del Cementerio”. Porque en danés “kierkegaard” también significa cementerio, y para el danés medio, “kierkegaard” significa cementerio antes que Kierkegaard. Así que Kierkegaard no tuvo suerte, y sigo pensando que es uno de los héroes olvidados de la literatura universal. Pero si Kierkegaard no tuvo suerte, si es generalmente desconocido, esto, por supuesto, no debe impedir nuestro intento de comprenderlo y de penetrar en el enigma de su vida.

Ahora bien, el drama de Kierkegaard, creo, es un drama bíblico. Kierkegaard es un personaje bíblico que vivió una aventura bíblica. Una aventura en la que los personajes son tres y tal vez cuatro. Kierkegaard se enfrentó a su vida enfrentándose primero a su padre y luego a Regine Olsen. Su padre es el patriarca bíblico. Es, al mismo tiempo que un patriarca bíblico, al mismo tiempo que Job o Abraham, un padre que pecó. El padre es un pecador. El patriarca ha cometido una serie de faltas en su vida y el hijo debe expiarlas. De modo que Søren Kierkegaard es el Isaac de ese Abraham que fue su padre. Y toda la historia espiritual de Kierkegaard es el drama de esta relación con su padre, del que es hijo y víctima al mismo tiempo. Y luego un nuevo personaje, el segundo del drama, Regine Olsen. Regine, la prometida, que representa la posibilidad del matrimonio y la posibilidad de la felicidad. De modo que en esta desgarradora confrontación, Kierkegaard, al sacrificar a su prometida, descubre la necesidad de sacrificar su felicidad. Porque el propio drama, que une a Kierkegaard con su padre y con Regine, tiene su centro de gravedad ante Dios. El padre de Kierkegaard y la propia Regine son sólo intercesores en esta aventura, en esta gran leyenda en la que se ata y desata la existencia terrenal de Kierkegaard. Y vivirá esta aventura al mismo tiempo en diferentes niveles.

Kierkegaard es un hombre que ha tenido una existencia múltiple, una existencia que él mismo ha calificado con una serie de seudónimos. Kierkegaard adoptó una serie de nombres en su obra publicada, y sólo una parte de esta obra se publicó con su propio nombre. Esto significa, en mi opinión, que el propio ser de Kierkegaard es múltiple como su obra. No hay en él un solo personaje, ni un solo pensador y escritor, sino un conjunto de posibilidades cuya unidad intentó alcanzar con su vida. ¿Qué son estos seudónimos? ¿Cuáles son estos ensayos y errores de la personalidad kierkegaardiana? Bueno, en primer lugar, Kierkegaard es un novelista, un poeta lírico y elegíaco de rara calidad. Y aquí, sería necesario retomar lo que decía hace un momento sobre el lenguaje de Kierkegaard, sobre este tipo de riqueza y densidad poética a través de la cual se expresa en escritos literarios una sensibilidad romántica verdaderamente excepcional. Es cierto que Kierkegaard es uno de los mayores estilistas de la lengua danesa y uno de los mejores poetas elegíacos de principios del siglo XIX. Su

obra es el paisaje danés, el espejo de un país y un pueblo. Mientras que nuestros filósofos suelen ser hombres de intelecto completamente ciegos a todo lo que hay de presencia concreta en la vida de una nación o de un hombre, Kierkegaard reflejó el paisaje danés en todas sus estaciones con una finura admirable. Sería necesario destacar en él todos estos paisajes que son el paisaje de la ciudad, el paisaje del campo, el paisaje del páramo. Se ve vibrar en él el follaje primaveral, se ve estremecer bajo el viento los pantanos de Jutlandia, o bien se ve al país entero absorberse en la inmovilidad invernal y en la nieve de Navidad. Este aspecto de la obra kierkegaardiana es un aspecto admirable y absolutamente decisivo. Toda la obra de Kierkegaard es una crónica de Copenhague, y también una crónica de la vida de este pequeño país en las fronteras de Europa. Este país que el viento envuelve con su estremecimiento indefinido. Recuerdo haber preguntado a un amigo danés cuál podría ser el secreto de tristeza que pesaba sobre Dinamarca. Hamlet es un hombre triste, y Andersen mismo, el autor de los cuentos, es un gran melancólico. Esta melancolía también absorbe al personaje y a la obra kierkegaardiana. Y el danés me respondía para justificar esta melancolía, que el secreto de este misterio de la tristeza era el viento. Dinamarca es una cueva marina, siempre sometida a la presión de esas corrientes de aire que hacen que cada uno se repliegue en sí mismo y tiemble un poco bajo el viento del mar. En efecto, el poeta elegíaco Kierkegaard es el poeta del viento y del páramo. También es el poeta y cronista de la vida en los bulevares, el teatro y la vida eclesiástica de Copenhague durante la primera mitad del siglo XIX. Y quisiera concluir con este punto diciendo que este soltero empedernido e intelectual acérrimo es uno de aquellos que han evocado la existencia femenina con una delicadeza y penetración verdaderamente extraordinarias. Hay en él una especie de poema del pensamiento y sensibilidad de la mujer y de la joven que rara vez se encuentra en otros lugares en la literatura universal.

Así, Kierkegaard es un poeta y un novelista, pero también es, al mismo tiempo, un polemista y un humorista. Es una especie de dandi al estilo de los jóvenes franceses de principios del siglo XIX. Es alguien a quien el ángel de lo raro, como decía Charles Baudelaire, ha tocado y marcado con su sello. Este es un aspecto de su obra que también es fundamental en mi opinión y que merece ser destacado. En Kierkegaard hay una posibilidad de ironía y maldad que hace estremecer. Si se quiere, se podría decir que es un redactor de *Le Canard Enchaîné* o, yendo aún más lejos, se podrían encontrar en él rastros de esa ferocidad tan extraordinaria que nuestro Pascal desplegó en *Les Provinciales*. Por lo tanto, Kierkegaard también es alguien que practica el humor, es un dandi. Y en él está el gusto por la vida, el café, los buenos vinos franceses, el teatro y los puros. Es uno de esos personajes en los que se refleja la inquietud de los hijos del siglo, y toda su obra está marcada desde

este punto de vista por un sentido de lo grotesco y una especie de penetración en la ironía que, si se quiere, parecen incompatibles con el resto de su obra y que, sin embargo, juegan un papel fundamental en su contacto con el mundo. Kierkegaard es un polemista, un humorista y un dandi cuyos pantalones de corte extraordinario ponían a toda Copenhague de buen humor. Esto forma parte de su personaje. Es un personaje que interpretó y en el que se reconoció.

Pero Kierkegaard, además de poeta, polemista y dandi, también es un intelectual y un pensador. En un país sin filósofos, Kierkegaard es el filósofo más grande que Dinamarca haya conocido jamás. Se podría decir que es un filósofo demasiado grande para Dinamarca. Pero este filósofo es, al mismo tiempo, por su ironía, su humor y su combatividad, el filósofo de la no-filosofía. Es el pensador que, debido a su intelecto, fuerza los callejones sin salida del entendimiento y, en consecuencia, parece incomprensible para los filósofos que lo leen y creen reconocerlo como filósofo. Habla su idioma para ridiculizarlos y pasa su tiempo abatiéndolos en su propio terreno. Evidentemente, éste es uno de los aspectos del genio de Kierkegaard en el que se ha insistido excluyendo los demás. Lo menciono de pasada, pero me parece que para Kierkegaard este nivel de pensamiento y filosofía es un lugar de tránsito. Es sólo un momento y no es en absoluto a este nivel que Kierkegaard se reconoce a sí mismo.

Entonces, ¿a qué nivel se reconoce realmente? Bueno, se reconoce, en primer lugar, en el ámbito de la literatura edificante. Kierkegaard es un escritor religioso. Es alguien que ha elegido el ministerio de la palabra. Kierkegaard ha recibido, en su opinión, el mandato de la Iglesia para proclamar la palabra de Cristo. Y hay que decir aquí que las únicas obras que Kierkegaard firmó con su nombre, es decir, las únicas obras que realmente reconoció como propias, son las obras religiosas. Escribió y publicó en 8 años 88 discursos edificantes o tratados espirituales. 88 en 8 años, lo que equivale a 11 por año y, por lo tanto, aproximadamente uno por mes. Estos discursos edificantes, los 88 discursos firmados con su nombre, son una especie de contrapunto a todas las obras literarias y filosóficas. Al mismo tiempo que Kierkegaard publica sus grandes libros, que son famosos, también publica, bajo su nombre, sus edificantes discursos, que ningún editor francés hasta ahora ha aceptado publicar en su totalidad. Kierkegaard es un escritor religioso y un escritor religioso admirable. Aquí, su estilo alcanza una serenidad realmente extraordinaria y una poesía bíblica raramente igualada en otra parte. Este Kierkegaard de la paz, de la edificación, este Kierkegaard que se dirige a las almas de su país, a las almas simples y que les habla con sencillez, este Kierkegaard está ciertamente mucho más cerca del Kierkegaard auténtico que todos los demás que hemos enumerado hasta ahora.

Pero esto no es todo. Finalmente, el propio escritor religioso callará en la carrera de Kierkegaard, y el último momento de esta vida kierkegaardiana será el momento del profeta. Kierkegaard fue un profeta y murió por serlo. Aquí, debemos pensar en la vocación de Jonás, tal como se evoca en la Biblia. La palabra de Yahvé fue dirigida a Jonás, hijo de Amitai. “Levántate”, le dijo, “ve a Nínive, la gran ciudad, y anúnciales que su maldad ha llegado hasta mí”. Kierkegaard lo recibió de Dios, Kierkegaard recibió del Eterno la misión de ir a Copenhague y anunciar al cristianismo danés que había tomado un mal rumbo y que era necesario volver a las fuentes de la verdad cristiana. La obra de Kierkegaard en ese momento se convierte en una obra de combate. Kierkegaard deja de escribir. Toma la pluma del polemista, publica un panfleto, se ridiculiza a sí mismo, escandaliza a la opinión pública. Pone a todo el mundo en su contra porque a partir de ahora, la orden de Dios le ha sido dada y cuando uno ha recibido esta orden, debe obedecerla aunque muera. Jonás fue escuchado en Nínive. Kierkegaard no fue escuchado en Copenhague. Pero luchó y, en mi opinión, esta lucha es precisamente lo que lo convierte en un reformador. Kierkegaard criticó a Lutero, pero al viejo Lutero, al Lutero que había tenido éxito y que había fracasado precisamente porque había tenido éxito. Kierkegaard retomó la lucha de Lutero en el momento del joven Lutero. Y esta lucha había que retomarla porque una reforma que tiene éxito es una reforma que fracasa. Kierkegaard es uno de los últimos reformadores; ataca la ciudadela de la cristiandad danesa como Josué ataca las murallas de Jericó. La séptima vez que Josué rodea las murallas de Jericó, las murallas caen. Pues bien, las murallas de la cristiandad danesa no cayeron, pero el grito de Kierkegaard no se perdió. El grito de Kierkegaard fue escuchado.

Y es aquí, entonces, donde tal vez debamos concluir: Kierkegaard fracasó en todo. Kierkegaard no tuvo éxito en nada. Kierkegaard fracasó en su vida, fracasó en su matrimonio, fracasó en su carrera. Kierkegaard no llegó, pero quizás su vocación era precisamente esa: no llegar. Y si queremos buscar y descubrir el secreto de esta vida kierkegaardiana, de esta experiencia kierkegaardiana, creo que lo encontraremos finalmente en algunos textos de la Epístola a los Hebreos que Kierkegaard debió meditar a menudo en su soledad. En primer lugar, encontramos esto, que resume toda la experiencia de Kierkegaard: “Terrible cosa es caer en manos del Dios vivo”. Y un poco más adelante: “La fe es una firme certeza de lo que se espera, una demostración de lo que no se ve”. Y el autor de la Epístola a los Hebreos evoca a los patriarcas: Noé, Abraham y todos los demás, y dice esto: “En la fe murieron todos ellos, sin haber obtenido las cosas prometidas, pero las vieron y las saludaron de lejos, reconociendo que eran extranjeros y peregrinos en la tierra”. Tal es el secreto del éxito final que alcanzó Søren Kierkegaard, esperando contra toda esperanza.

Referencias bibliográficas

- Brecht, M. (Ed.). (1993). *Geschichte des Pietismus: Der Pietismus vom siebzehnten bis zum frühen achtzehnten Jahrhundert*. Vandenhoeck & Ruprecht.
- Gusdorf, G. (1972). *Les sciences humaines et la pensée occidentale. 5: Dieu, la nature, l'homme au Siècle des Lumières*. Payot.
- Gusdorf, G. (1977). *La conciencia cristiana en el siglo de las luces*. Verbo Divino.
- Gusdorf, G. (2022). *El advenimiento del yo* (P. Pavesi, Trad.). Miño y Dávila Editores.
- Maheu, R. (1966). Discurso inaugural. En UNESCO. *Kierkegaard Vivant: Colloque Organisé Par L'unesco À Paris Du 21 Au 23 Avril 1964*. Gallimard.